

III

—Ahora sí creo, haberlo encontrado... En la calle de Amsterdam, enfrente de la estación... Tres habitaciones y un balcón grande... Si quieres, iremos á verlo después de tu oficina... Está alto; cinco pisos... pero tú me subirás. ¡Qué bueno fué aquéllo! ¡Te acuerdas?...—Y divertida con este recuerdo, frotábase con él, abrazábase á su cuello, buscaba allí el antiguo sitio, su sitio.

Para ellos dos, en la casa de vecindad, con las costumbres del barrio, aquellas idas y venidas por la escalera de mujerzuelas casi sin vestir, en redecilla y babuchas; aquellos tabiques, de papel detrás de los cuales movíanse otras parejas; aquella promiscuidad de llaves, de candeleros, de botinas, la vida era intolerable. No

ciertamente para ella; con Juan, el tejado, la cueva, la misma alcantarilla, todo le parecía bien para anidar. Pero la delicadeza del amante asustábase de ciertos contactos, en los que, estando solo, ni siquiera pensaba. Aquellos amancebamientos de una noche le molestaban, deshonoraban el suyo, causábanle en cierto modo la tristeza y la repugnancia de la jaula de los monos en el Jardín de Plantas, imitando todos los gestos y expresiones del amor humano. También le aburría el restaurant, esa comida que era preciso ir á buscar dos veces al día al boulevard Saint-Michel, en una gran sala llena de estudiantes, de alumnos de bellas artes, pintores, arquitectos, que sin conocerle habíanse habituado á su rostro durante un año que comía allí.

Avergonzábase—al empujar la puerta—de todos los ojos que se volvían hacia Fanny; entraba con el agresivo malestar de los jovencuelos que acompañan á una mujer: y temía también el encuentro con alguno de sus jefes del Ministerio ó con alguno de su tierra. Vino luego la cuestión de economía.

—¡Qué caro es esto!...—le decía á cada momento, llevándose y comentando la cuenta de

la comida...—Si estuviéramos en nuestra casa, habría tenido para comer tres días con este dinero.

—Pues bien: ¿quién nos lo impide?...—Y empezaron las investigaciones para instalarse.

Este es el lazo. Todos caen en él, los mejores, los más honrados, por ese instinto de limpieza, ese amor al *home* (1) que en ellos ha desarrollado la educación de familia y el templo del hogar.

La morada de la calle de Amsterdam se alquiló en seguida y la encontraron encantadora, á pesar de sus habitaciones en fila, que daban—la cocina y la sala á un patio interior, húmedo, por el que subían de una taberna inglesa olores de enjuagaduras y de cloro,—y el cuarto que daba á la calle en pendiente y lleno de ruido que producían á todas horas los choques de los furgones, camiones, coches de alquiler, ómnibus, los silbidos de llegada y salida, todo el barullo de la estación del Oeste, que desplegaba enfrente sus techos de cristal, color de agua su-

(1) Palabra inglesa que conservo como está escrita en el original francés; con ella se significa el cariño á la casa de la familia que cada cual se crea.—(N. del T.)

cia. La ventaja estaba en tener el tren á la puerta y Saint-Cloud, Ville d'Avray, Saint-Germain, las verdosas estaciones de las orillas del Sena, casi estaban bajo su azotea. Porque tenían una azotea ancha y cómoda, que conservaba de la munificencia de los antiguos inquilinos un pabellón de pintado zinc, imitando lienzo rayado, mojado y triste bajo el gotear de las lluvias de invierno, pero en el cual se estaría muy bien en estío para comer al aire libre, como en un chalet de la montaña.

Ocupáronse de los muebles. Habiendo participado Juan á su familia su proyecto de instalación, la tía Divonne, que era como la intendente de la casa, envió el dinero necesario: y su carta anunciaba al mismo tiempo la próxima llegada de un armario, una cómoda y un gran sillón de vaqueta, sacados del «Cuarto del viento», con destino al parisién.

Este cuarto, que él veía al extremo de un corredor de Castelet, siempre inhabitado, con las puertas-ventaneras cerradas por medio de una barra, la puerta cerrada también con cerrojo, estaba condenada, por su exposición á las ráfagas del mistral, que lo hacían crujir como una

garita de faro. Amontonábanse allí las antiguallas, lo que cada generación de habitantes relegaba al pasado ante las nuevas adquisiciones.

¡Ah! ¡Si Divonne hubiera sabido para qué extrañas siestas serviría el sillón de vaqueta, y cuántas faldas de surah y pantalones de guarnición llenarían los cajones de la cómoda, del gusto del Imperio!... Pero los remordimientos de Gaussín aun en este punto hallábanse perdidos entre los mil goces pequeños de la instalación.

Era tan divertido, después de la oficina, al oscurecer, emprender grandes carreras, del brazo los dos, é irse á cualquier calle del arrabal, á escoger un comedor,—el aparador, la mesa y media docena de sillas, ó los cortinajes de cretona de flores para la colgadura de la cama. Aceptábalo todo á ojos cerrados; pero Fanny miraba por los dos, probaba las sillas, hacía correr los batientes de la mesa, mostraba la experiencia del comprador.

Ella conocía las casas en que se tenía á precio de fábrica una batería de cocina completa para un matrimonio, las cuatro cacerolas de hierro, la quinta esmaltada para el chocolate del desayuno, de cobre nunca, porque es muy eno-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE CIENCIAS

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

joso de limpiar. Seis cubiertos de metal blanco, con el cucharón de la sopa, y dos docenas de platos de loza inglesa, sólida y alegre á la vista, todo ello contado, preparado, empaquetado como una cocinilla de muñeca. Para la lencería, servilletas, ropa de tocador y de mesa, conocía un comerciante, el representante de una gran fábrica de Roubaix, en cuyo establecimiento se pagaba un tanto al mes: y siempre mirando los escaparates, acechando las liquidaciones, esos restos de naufragio que París lleva siempre en la espuma de sus olas, descubría en el boulevard de Clichy la ocasión de una soberbia cama, casi nueva y tan ancha, que en ella podían acostarse en fila las siete señoritas del Ogro (1).

También al volver de la oficina trataba de comprar algo; pero no entendía de ello, no sabía decir que no, ni irse con las manos vacías. Habiendo entrado una tarde en casa de un quincallero para comprar unas vinagreras antiguas que ella le encargó, llevóse, en lugar de este objeto vendido ya, una araña de salón con colgan-

(1) Hace referencia el autor á un cuento de Hadas de Perrault. — (N. del T.)

tes de cristal, completamente inútil, puesto que no tenían salón.

—La pondremos en el pabellón de la azotea..—
—dijo Fanny para consolarle.

Y de aquí la felicidad de tomar medidas, las discusiones acerca del sitio que debía ocupar un mueble: y los gritos, las risas locas, con los brazos levantados al techo, cuando se apercebían de que á pesar de todas sus precauciones, á pesar de la muy completa lista de compras indispensables, siempre se les había olvidado alguna cosa.

Así sucedió con el rallador de azúcar. ¡Es posible creer que haya gente que ponga casa sin comprar rallador de azúcar!...

Luego, una vez comprado todo y puesto en su sitio, colgadas las cortinas, metida la mecha en el quinqué nuevo, ¡qué buena fué la noche de la instalación definitiva, la revista minuciosa de las tres habitaciones antes de acostarse, y cómo se reía ella alumbrándole mientras que él cerraba la puerta, «otra vuelta, dale otra vuelta á la llave... cierra bien... ¡Que estemos muy bien metidos en nuestra casa...!»

Llevaron entonces una vida nueva, deliciosa.

Al dejar su trabajo, regresaba pronto, con prisa de llegar, y verse en zapatillas junto á la lumbre. Y en el inseguro andar chapoteando por el fango de la calle, figurábase su cuarto alumbrado y caliente, alegre con sus viejos muebles provincianos, que Fanny creyó de desecho y que luego resultaron ser muy lindas antigüedades: sobre todo el armario, una alhaja Luis XVI, con sus tableros pintados, representando fiestas provenzales, pastores con chaquetas floridas, bailes de chifla y tamboril. La presencia, á sus ojos familiar, de estas antiguallas fuera de moda, recordábale la casa paterna, y consagraba su nuevo domicilio, cuyo bienestar estaba entonces saboreando.

Desde su primer campanillazo, corría Fanny á abrir, aseada, galana, «sobre las armas», como ella misma decía, con su vestido de lana negra muy tejida; pero cortado por los patrones de un buen corte, una sencillez de mujer que ha tenido trajes, las mangas remangadas, un gran delantal blanco; porque ella cocineaba y se contentaba con una asistenta para los trabajos rudos que hieren las manos ó las deforman.

Y puede decirse que lo entendía mucho; sa-

bía una multitud de recetas, platos del Norte y del Mediodía, variados como su repertorio de coplas populares que, al acabar la comida, colgado el delantal blanco detrás de la puerta cerrada de la cocina, cantaba con su voz de contralto gastada y apasionada.

Allá abajo la calle retumbaba, atronaba como un torrente. La fresca lluvia resonaba sobre el zinc del pabellón; y Gaussín, con los pies ante el hogar, instalado en su sillón, miraba frente á sí los cristales de la estación, y los empleados encorvados escribiendo bajo la luz blanca de los grandes reflectores.

Encontrábase bien, se dejaba ir. ¿Enamorado? No; pero agradecido al amor que le envolvía, á esta ternura siempre igual. ¿Cómo había podido privarse tanto tiempo de esta dicha, por el temor,—de que ahora se reía—de un encanallamiento, de una traba cualquiera? ¿Acaso no era hoy más decente su vida que cuando iba de una mujerzuela á otra, exponiendo su salud?

No había peligro para más adelante. Al cabo de tres años, cuando se fuera, la ruptura haríase por sí sola y sin sacudida. Fanny estaba advertida: hablaban de ello juntos, como de la

muerte, de una fatalidad lejana; pero ineludible. Quedaba únicamente el gran disgusto que tendrían en su casa al saber que no vivía solo: la cólera de su padre, tan rígido y tan impetuoso.

Pero ¿cómo iban á saberlo? Juan no veía á nadie en París. A su padre «el cónsul», como le llamaban por allá, reteníale todo el año la vigilancia del dominio, muy considerable, que hacía prosperar, y sus rudas luchas con el viñedo. La madre, baldada, no podía sin ayuda dar un paso ni hacer un gesto, dejando á Divonne la dirección de la casa, el cuidado de las dos hermanitas gemelas, Marta y María, cuyo doble nacimiento, de sorpresa, acabó para siempre con sus fuerzas activas. En cuanto al tío Cesáreo, al marido de Divonne, era un niño grande, á quien no dejaban viajar solo.

Y con esto Fanny conocía á toda la familia. Cuando recibía una carta de Castelet, en cuya parte inferior las gemelas habían puesto con sus dedos pequeños unas letras muy gruesas, leíala por encima de su hombro, y se enternecía con él. En cambio, nada sabía él de su vida, no se informaba. Tenía el hermoso é inconsciente egoísmo de su juventud, sin celos, ni inquietu-

des de ningún género. Satisfecho con su propia vida, dejábala desbordarse, pensando en voz alta, entregándose por entero, mientras que la otra permanecía muda.

Y así todos los días; transcurrían las semanas en dichosa quietud, sólo turbada un momento por una circunstancia que los conmovió mucho, pero de diverso modo. Creyóse embarazada, y se lo dijo con tal alegría, que él no participó de ella. En realidad, tenía, miedo. Un hijo á su edad... ¿Qué iba á hacer con él?... ¿Debía reconocerlo?... ¿Qué lazo entre ellos dos, y qué complicación para el porvenir!

De improviso descubrió la cadena, pesada, fría y soldada. Por la noche, ni él ni ella durmieron; y el uno junto al otro en su cama de matrimonio, pensaban, abiertos los ojos, mediando mil leguas entre sus dos pensamientos.

Por fortuna, aquella falsa alarma no se renovó, y reanudaron su manera de vivir tranquila, cerrada herméticamente. Luego, terminado el invierno, la vuelta del verdadero sol embelleció más su casa, que se ensanchó con la azotea y el pabellón. Por la noche comían allí, bajo el

cielo entonado de verde, que rayaba como un araño el silbido de las golondrinas.

La calle enviábales sus calientes bocanadas, y todos los rumores de las casas vecinas; pero el menor soplo de aire era para ellos, y pasábanse allí las horas muertas enlazados los muslos, sin ver ya. Juan recordaba noches pasadas á orillas del Ródano, soñaba consulados lejanos en países muy cálidos, puentes de navío en franquía, en que la brisa tendría ese largo soplo que estremecía la cortina del pabellón. Y cuando una invisible caricia murmuraba en sus labios: «me quieres...?» volvía siempre de muy lejos para contestar: «¡oh! sí, te quiero...» Eso es lo que tiene el cogerlos tan jóvenes: tienen muchas cosas en la cabeza.

En el mismo balcón, separado del suyo por una verja de hierro guarnecida de plantas trepadoras, otra pareja se arrullaba: el señor y la señora Hetteima, casados, gentes obesas cuyos besos sonaban como bofetones. Maravillosamente apareados, en conformidad de edades, de gustos, de pesadas aposturas, era conmovedor oír á los tales enamorados, ya en el fin de la juventud, cantar á dúo en voz baja, apoyándo-

se en la balaustrada, antiguas romanzas sentimentales.

Pero le escucho, suspira en la sombra.
Si esto es un sueño; dejadme dormir.

Agradaban á Fanny; hubiera querido conocerlos. Algunas veces las dos vecinas cambiaban por encima del ennegrecido hierro de la escalera una sonrisa de mujeres enamoradas y felices; pero los hombres, como siempre, continuaban afectando más tiesura, y no se hablaron.

Juan volvía de la calle de Orsay una tarde, cuando oyó que le llamaban en la esquina de la calle Real. Hacía una tarde admirable: con la caliente claridad París se desplegaba en esta esquina del boulevard, que al crepúsculo, á la hora del Bosque, es un espectáculo que no tiene en el mundo semejanza.

—Véngase acá, hermosa juventud, y beba usted, algo... me alegra los ojos verle á usted.

Dos robustos brazos le atraparon, sentáronle bajo las cortinas de un café que invadía la acera con tres hileras de mesas. Dejóse llevar, halagado al oír á su alrededor aquel público de provincianos, extranjeros, con chaquetas raya-

das y sombreros hongos, que cuchicheaban curiosamente el nombre de Caoudal.

El escultor, sentado ante un vaso de ajenjo que corría parejas con su apostura militar y su roseta de oficial, tenía á su lado al ingeniero Déchelette, recién llegado la víspera, siempre el mismo, curtido y cetrino, con sus pómulos salientes, sobre los que se veían sus ojillos bondadosos y su nariz de goloso que olfateaba á París. En cuanto el joven se sentó, Caoudal, exhibiéndolo con un furor cómico:

—¡Qué hermoso es este animal!... ¡Y decir que yo tuve su edad y el pelo rizado como él!... ¡Oh, la juventud, la juventud!

—¿Lo de siempre?—dijo Déchelette acogiendo con una sonrisa la manía de su amigo.

—Querido, no se ría usted... Todo lo que yo tengo, lo que soy, las medallas, las cruces, el Instituto, el terremoto lo daría por esos cabellos y esa cara de sol... Luego, volviéndose á Gaussín con sus bruscos modales:

—Y la Safo, ¿qué hace usted con ella?... No se la ve.

Juan abría los ojos sin comprender.

—¿Ya no está usted con ella?—Y ante s'

aturdimiento, Caoudal añadió con tono impaciente:—Sí, hombre, la Safo, veamos... Fanny Legrand... Ville d'Avray.

—¡Oh, aquello acabó hace mucho tiempo!

¿Cómo se le ocurrió esta mentira? Por cierta vergüenza y malestar que sintió al oír este nombre de Safo dado á su querida; por la turbación de hablar de ella con otros hombres, y acaso también por el deseo de saber de cosas que, sin esto, no le hubiera dicho.

—¡Calle, la Safo!... ¿Todavía corretea?—preguntó Déchelette distraído, entregado por completo á la embriaguez de volver á ver la escalera de la Magdalena, el mercado de las flores y la larga hilera de los boulevares entre dos filas de ramaje verde.

—¿No recuerda usted que estuvo en su casa el año pasado?... Estaba magnífica con su túnica de labradora egipcia... Y en una de estas mañanas de otoño, cuando me la encontré yo almorzando con este lindo mozo en casa de Langlois, hubiera usted creído ver una desposada de quince días.

—¿Qué edad tiene?... A juzgar por el tiempo que hace que se la conoce...

Caudal alzó la cabeza para calcular. «¿Qué edad?... ¿Qué edad?... Vamos á ver; diecisiete años el 53, que fué cuando me servía de modelo para mi figura... estamos en el 73, conque eche usted la cuenta.» De pronto, sus ojos se reanimaron: «¡Ah, si la hubieran ustedes visto hace veinte años... alta, delgada, la boca arqueada, pulida la frente!... Brazos y hombros un poco delgados aún, pero que sentaban muy bien para el ardor de Safo... Y la mujer, la querida... ¡Qué de cosas había en aquella carne de placer! ¡Cuánto se sacaba de aquel eslabón, con aquel teclado en que no faltaba ni una nota... toda la lira... como decía La Gournerie!»

Juan, muy pálido, preguntó: «¿Ese también ha sido su amante?»

—¿La Gournerie?... ¡Ya lo creo! Bastante sufrí yo por ello... Llevábamos cuatro años viviendo juntos como marido y mujer; cuatro años mimándola, esforzándome por satisfacer todos sus caprichos... maestros de canto, de piano, de equitación... ¡qué sé yo!... Y cuando la pulí bien, la amasé, la tallé como una piedra preciosa, encontrada en el arroyo de donde yo la recogí una noche delante del baile Ragache, ese

belitre pulidor de rimas vino á quitármela á mi casa, en la mesa amiga donde se sentaba convidado todos los domingos!

Respiró muy fuerte, como para expeler este rencor de antiguos amores, que vibraba todavía en su voz, y luego añadió más tranquilo:

—Pero su canallada no le aprovechó... Sus tres años de amancebamiento fueron un infierno. Este poeta, de aspecto modrego, era caprichoso, malo, maniático. ¡Había que ver cómo se tiraban de los pelos!... Cuando se iba á su casa, la encontraban con una venda en el ojo y á él con la cara llena de arañazos... Pero lo bueno fué cuando quiso dejarla. Agarrábase como una lapa, le seguía, forzaba su puerta, esperábale acostada sobre su jergón. Una noche, en pleno invierno, estuvo cinco horas abajo, en casa de la Farcy, á donde había ido toda la pandilla... Era una compasión... Pero el poeta elegiaco era implacable, hasta el día en que para desembarazarse de ella hizo entrar en juego á la policía. ¡Oh! un cumplido caballero... Y como el acabóse y acción de gracias á esta muchacha, que le había dado lo mejor de su juventud, de su inteligencia y de su carne, la vació sobre la cabeza un tomo

de versos rencorosos, babosos, llenos de impre-
caciones, de lamentaciones. *El libro del amor...*
su mejor libro.

Inmóvil é inclinada la espalda, escuchaba
Gaussín, aspirando á sorbitos con una paja larga
la bebida helada que estaba ante él. Algún ve-
neno, á no dudar, que le servían y que le helaba
desde el corazón hasta las entrañas.

Tiritaba á pesar del caluroso día; veía, en un
retroceso pálido de las sombras que iban y ve-
nían una cubeta de riego parada delante de la
Magdalena, y aquel entrecruzamiento de ve-
hículos que rodaban sobre la blanda tierra si-
lenciosamente como sobre enguate. Ya no había
ruido en París ya no oía nada de lo que se de-
cía en la mesa. Ahora Déchelette era el que ha-
blaba, el que vertía el veneno.

—¡Qué cosa más atroz son esas rupturas!...
y su voz tranquila y burlona adoptaba una ex-
presión de dulzura y compasión infinitas... Se
ha vivido juntos, años; háse dormido el uno jun-
to al otro; confundiendo sus sueños, su sudor.
Se ha dicho todo, todo se ha dado. Se han adop-
tado costumbres, manera de ser, de hablar, has-
ta rasgos de las facciones uno de otro. Está uno

cogido desde la cabeza hasta los pies... ¡El llo,
en una palabral!... Después se separan brusca-
mente, se despegan... ¿Cómo lo hacen? ¿Cómo
tienen ese valor?... Yo no podría nunca... Sí;
engañado, ultrajado, manchado de ridículo y de
lodo, la mujer lloraría, me diría «quédate»... y
no me iría... y he aquí por qué, cuando me lle-
vo alguna, sólo es por una noche... No admito el
día siguiente, como decía la antigua Francia... ó
para eso el matrimonio. Eso es definitivo y más
decente.

—No hay día siguiente... no hay día siguien-
te... habla usted á sus anchas. Hay mujeres á las
que no les basta una noche... Esa por ejemplo...

—Yo no la dí un minuto de gracia...—dijo
Déchelette con una plácida sonrisa, que le pare-
ció asquerosa al pobre amante.

—Entonces sería porque usted no era su ti-
po, sin lo cual... Es mujer que cuando ama se
agarra... Le gusta vivir en familia... Por lo de-
más, no tiene suerte en sus instalaciones. Se en-
reda con Dejoie el novelista, y muere Dejoie...
Con Ezano; se casa... Después le sucedió el her-
moso Flamant, el grabador, el antiguo modelo,
—porque siempre ha tenido inclinación al ta-

lento ó la belleza,—y ya sabéis qué espantosa aventura...

—¿Qué aventura?...—preguntó Gaussín con la voz ahogada y volviendo á aspirar su paja, escuchando el drama de amor que apasionó á París hace algunos años.

El grabador era pobre, estaba loco por esta mujer: y temiendo que le dejase, para sostener su lujo, hizo billetes de Banco falsos; descubriéronle casi inmediatamente, encarceláronle con su querida, y fué condenado á diez años de prisión preventiva y ella á seis meses en San Lázaro, hasta que se probó su inocencia.

Y Caoudal recordaba á Déchelette—que había seguido con atención el proceso—lo linda que estaba con su cofia de San Lázaro, lo animosa, sin llorar, fiel á su amante hasta el fin... Y su respuesta á aquel bolonio del presidente y el beso que envió á Flamant por encima de los tricornios de los gendarmes, gritándole con voz capaz de enternecer á las piedras: «¡No te aburras, dueño mío!... ¡Volverán los buenos tiempos, y nos amaremos todavía!»... Sin embargo, aquello había disgustado un tanto á la pobre muchacha de los amancebamientos.

—Luego, lanzada al mundo elegante, ha elegido amantes de un mes, de una semana, pero nunca artistas... ¡Oh! A los artistas les tiene un miedo... Yo era el único ¡ya lo creol á quien ha seguido viendo... De vez en cuando venía á fumar su cigarrillo á mi taller. Después he pasado meses sin saber de ella hasta el día en que la volví á encontrar almorzando con este hermoso jovencuelo, comiendo uvas en su boca. Y pensé para mis adentros; ya está la Safo cogida de nuevo.

Juan no pudo escuchar más. Sentíase morir con todo el veneno que había aspirado. Después del frío que antes sintió, una quemazón le abrazaba el pecho, subía á su cabeza atontada y pronta á estallar como una plancha de hierro calentada hasta el rojo blanco. Atravesó la calle, tambaleándose entre las ruedas de los coches. Los conductores le gritaban. ¿Con quién querían disputar aquellos imbéciles?

Al pasar por el mercado de la Magdalena, turbóle un olor de heliotropo, el olor favorito de su querida; apresuró el paso para huir, y furioso, extenuado, pensaba en voz alta: «¡mi querida!... sí, bonita basurera... Safo, Safo... ¡y de-

cir que yo he vivido un año con esol...» Repetía el nombre con coraje, recordando haberlo leído en los periodiquillos entre otros apodos de mujerzuelas, en el grotesco Almanaque-Gotha de la busconería; Safo, Cora, Caro, Friné, Juana de Poitiers, Foca...

Y con las cuatro letras de su mote odioso, toda la vida de esta mujer pasaba ante sus ojos como el desagüe de una letrina... El taller de Caoudal, las riñas en casa de La Gournerie, las guardias de noche entre las zahurdas ó sobre el jergón del poeta... Luego el hermoso grabador, las falsificaciones, el tribunal... y la gorrita de la cárcel que le sentaba tan bien, y el beso enviado al falsario: «No te aburras, dueño mío...» ¡Dueño mío! El mismo nombre, la misma caricia que tenía para él... ¡Ahl! ¡Qué vergüenza!... ¡Ahl! ¡Qué bonitamente iba á barrer todas aquellas porquerías!... Y siempre el mismo olor de heliotropo que le perseguía en un crepúsculo del mismo color lila pálido de la florecilla.

De pronto se apercibió que se estaba paseando por el mismo mercado, como por el puente de un buque. Empezó de nuevo su camino, llegó de una carrera á la calle de Amsterdam,

muy decidido á echar á aquella mujer de su casa, á ponerla en la escalera sin más explicaciones, escupiéndola su apodo á la espalda. Delante de la puerta vaciló, reflexionó, dió algunos pasos más. Ella iba á gritar, á sollozar, saltando por la casa su vocabulario de la calle, como allá abajo, en la calle de la Arcada...

¿Escribir?... sí, eso es, era mejor escribir; ajustar su cuenta en cuatro palabras muy feroces. Entró en una taberna inglesa, desierta y sombría, bajo los mecheros de gas que se encendían, sentóse ante una mesa pegajosa, cerca del único consumidor, una mujerzuela que devoraba salmón ahumado, sin beber. Pidió un bock de cerveza inglesa, no lo probó siquiera, y empezó una carta. Pero se agolpaban muchas palabras en su cabeza, todas querían salir á la vez, y la tinta, descompuesta y borrosa, las trazaba lentamente á su capricho.

Despedazó dos ó tres comienzos de carta, fbase ya sin escribir, cuando en voz baja, junto á él, una boca llena y voraz preguntó tímidamente: «¿No bebe usted?... ¿Me lo deja usted?...» Hizo un ademán de asentimiento. Arrojóse la mujer sobre el vaso, y lo vació de un trago, que

demostraba la sed de aquella desdichada, que llevaba en el bolsillo lo justo para aplacar el hambre, pero no para beber un poco de cerveza. Acometióle una conmisericordia que lo apaciguó, haciéndole conocer pronto las miserias de la vida de la mujer, y empezó á juzgar con más humanidad, á razonar su desgracia.

Después de todo, ella no le había mentido; y si no sabía nada de su vida, era porque nunca se preocupó de saberlo. ¿Qué era lo que él la reprochaba?... ¿La estancia en San Lázaro?... ¡Pero si la habían absuelto, llevándola casi en triunfo á la salida!... Entonces, ¿qué? ¿Los otros hombres antes que él? ¿No lo sabía acaso?... ¿Por qué odiarla más, por ser conocidos, célebres, los nombres de esos amantes, por poderse encontrar con ellos, hablarles, mirar sus retratos en los escaparates? ¿Debía considerar como un crimen que hubiese preferido á estos hombres?

Y en lo íntimo de su ser, alzabase una vanidad mala, inconfesable, la de gozarla como aquellos grandes artistas, y decirse asimismo que ellos la hallaron bella. A su edad nunca se tiene certeza, nunca se sabe bien. Se ama la mujer, el amor; pero faltan los ojos y la expe-

riencia, y el amante joven que os enseña un retrato de su querida, busca una mirada, una aprobación que le tranquilicen. La figura de la Safo parecíale engrandecida con una aureola desde que sabía que la cantó en sus versos La Gournerie, y la esculpió Caoudal en mármoles y bronce.

Pero acometido de furor, bruscamente, abandonó el banco en que su meditación lo había arrojado en uno de los boulevares exteriores en medio de los gritos de niños y las chismografías de mujeres de obreros, en aquella polvorosa noche de Junio: y tornó á pasear y hablar en voz alta coléricamente... Era muy lindo el bronce de Safo... bronce de venta que está en todas partes; banal como una tocata de organillo, como esa misma palabra *Safo* que, á fuerza de rodar por los siglos, ha envilecido su primitiva gracia con leyendas inmundas, convirtiéndose, de nombre de diosa, en etiqueta de una enfermedad!... ¡Qué asco daba todo aquello, Dios mío!...

Dejabase ir así, alternativamente, apaciguado ó furioso en esta remoción de ideas y sentimientos contrarios. Oscurecióse el boulevard, que-

dándose desierto. Una insípida, acre emanación, vagaba en la caliente atmósfera, y reconoció la puerta del gran cementerio donde estuvo el año anterior, para asistir con toda la juventud á la inauguración del busto de Caoudal sobre la tumba de Dejoie, el novelista del barrio latino, el autor de *Cenderinette*. ¡Dejoie, Caoudall! ¡Qué extraño acento tenían para él aquellos dos nombres desde dos horas antes, y qué embustera y lúgubre le parecía la historia del estudiante y de su amancebamiento, ahora que conocía sus tristes bajezas, y sabía por Déchelette el feo apodo que se daba á estos casamientos de la calle.

Toda aquella sombra, más negra en la vecindad de la muerte, le asustaba. Volvió sobre sus pasos, rozando blusas que rondaban silenciosas como alas nocturnas, faldas sórdidas á la puerta de zahurdas, cuyos deslustrados cristales destacaban grandes luces de linterna mágica por donde pasaban parejas abrazándose... ¿Qué hora sería?... Sentíase quebrantado como un recluta al fin de la etapa, y de su aturdido dolor no le quedaba más que la lasitud en las piernas. ¡Oh! acostarse, dormir... y luego, al despertar, fríamente, sin cólera, diría á la hembra: «Oye, sé lo

que eres... No es culpa tuya ni mía; pero ya no podemos vivir juntos. Separémonos...» Y para ponerse al abrigo de sus persecuciones iría á dar un abrazo á su madre y á sus hermanas, purificándose al viento del Ródano, en el libre y vivificante maestral, de las manchas y el terror de su pesadilla.

Habíase acostado, cansada de esperar, y dormía, cayéndola de lleno la luz del quinqué, con el libro abierto sobre las sábanas ante ella. Su llegada no la despertó, y de pie, junto al lecho, mirábala curioso como una mujer nueva, como una extraña que hubiese encontrado allí.

Hermosa, ¡oh! hermosa, los brazos, el pecho, las espaldas, de un ambar fino, sólido, sin mancha ni hendidura. Pero sobre sus enrojecidos párpados—acaso la novela que leía, tal vez la inquietud de la espera—sobre sus facciones distendidas en el reposo, no animadas ya, por el acre deseo de la mujer que quiere ser amada, ¡cuánto cansancio había y cuántas confesiones! Su edad, su historia, sus mudanzas, sus caprichos, sus líos; y San Lázaro, los golpes, las lágrimas, los terrores, todo se veía, se exponía; y las maceraciones violáceas del placer y del

insomnio, y el pliegue del hastío bajando su labio inferior, gastada, cansada como un brocal en que ha venido á beber todo el común de vecinos, y la incipiente hinchazón que afloja las carnes, preparándolas para las arrugas de la vejez.

Esta traición del sueño, y el silencio de muerte que le envolvía, era grandioso, era siniestro: un campo de batalla, por la noche, con todo el horror que se ve y el que se adivina en los vagos movimientos de la sombra.

Y de improviso acometió al pobre niño grande y sofocante deseo de llorar.

IV

Acababan de comer con la ventana abierta ante el largo silbido de las golondrinas, que saludaban la caída de la tarde. Juan no hablaba, pero iba á hablar, y siempre de la misma cosa cruel que le perseguía, y con la que torturaba á Fanny, desde su encuentro con Caoudal. Ella, viendo sus ojos bajos y el tono fingidamente indiferente que adoptaba para nuevas preguntas, lo adivinó y le previno:

—Escucha; sé lo que vas á decirme... evitémoslo, te lo ruego... al fin se cansa una... puesto que todo eso ha muerto y no quiero á nadie más que á tí, puesto que para mí no hay nada más que tú en el mundo...

—Si estuviera muerto, como tú dices, todo ese pasado—y la miraba en el blanco de los ojos, de pupilas pardas, temblorosas, que cam-